

¿Cuál es su mejor poesía?

ALCION

CUÁL, entre las más, es la poesía que aprecio más? ¿En cuál se refleja mejor lo más sincero y recóndito de mi ser? He aquí lo que preguntan los Directores de *Mundo al Día*, viejos amigos, camaradas y hermanos desde aquellos días de la juventud en que, apenas desaparecido trágicamente Silva del escenario de nuestra literatura, un grupo de barbipungentes aprendices pugnábamos por recoger su herencia, no inventariada y casi desconocida, en las páginas audaces e inolvidables de *Esfinge*, efímera hoja periódica que, guardadas las proporciones, correspondió en Bogotá a la *La Vogue*, *Lutèce* y *Le Symbolisme*, de París, donde cosecharon sus primeros lauros los simbolistas franceses, brillantes jóvenes que hacia 1885 se congregaban en torno de Stéphane Mallarmé, el pontífice, a quien admiraban como al más perfecto de los poetas y al más sabio de los hombres, porque, como ningún otro, les daba la ilusión de escuchar un nuevo Sócrates, reposado, sutil, dulcemente irónico, benévolo, pero también maestro de exquisito tacto para retener o distribuir el elogio.

Eran los días en que ya había amanecido en el horizonte la estrella de Valencia, el de «Los Camellos», y también los bellos días de las peregrinaciones dominicales a la *Villa Caserta*, donde los novísimos rebeldes de las Letras íbamos a deleitarnos con la palabra docta y fraternal de Baldomero Sanín Cano, que así traducía para nosotros de las difíciles lenguas del Norte, y también del inglés y del italiano, los cantos o las filosofías de los astros de la literatura de última hora, como nos iniciaba, sencilla y naturalmente, en los secretos del arte moderno, de la estética contemporánea.

Allí, en torno de una mesa donde, horas después, había de servirse el té, unos cuantos jóvenes, que más tarde dispersó la varia suerte, vivimos horas de deliciosa intensidad intelectual para siempre impresas en la memoria. Sobre las mesas y los sofás, y aun por el suelo alfombrado, teníamos al alcance de la mano las últimas entregas de selectas revistas de ciencias, arte y literatura de Berlín, Londres, París, Roma; las obras, húmedas todavía de la impresión, y llegadas por el último correo, de Nietzsche, Jorge Brandes, Teodoro de Wyzewa, Ibsen, Carducci, Wilde, Verlaine, D'Annunzio, Anatole France, Bourget, Barrés, Jules Laforgue, la pléyade de los escritores contemporáneos, no superados, ni aun igualados hasta hoy.

Fué en ese ambiente literario en el que nacieron, y fue en las páginas de *Esfinge* donde por primera vez se publicaron mis versos «decadentes», como despectivamente se llamaban entonces las poesías de los que habíamos olvidado a Zorrilla y Núñez de Arce, los Arboledas, Gutiérrez y Caros, por Baudelaire, Leconte de Lisle, Moreas, Verlaine y Paul Fort.

Poco después, apartado de mis compañeros, entre los cuales recuerdo con placer al más gentil y entusiasta de todos, a Javier Acosta, ausente de la Patria casi desde aquellos días—poco después mi gusto y predilecciones se orientaron definitivamente hacia la pura fuente de belleza, la Grecia eterna, de donde no han regresado sino para officiar en el antiguo santuario de los dioses natales.

Entonces nació *El Centauro*, interpretación en versos castellanos de la prosa armoniosa de un insigne amante del Atica; y más tarde el *Jardín de las Hespérides*, custodiado por la sombra esclarecida del divino Andrés, griego de sangre, hijo de Gálata. Luego las *Elegías Caucanas*, o la tierra de la infancia, con sus florestas y sus ríos y sus granjas y sus cigarras y sus ciruelos y granados florecidos.

Fue en aquel tiempo también cuando bajo el sortilegio de una tarde incomparable del *Valle del Cauca*, mientras miraba correr las aguas purpuradas del Guadalajara y revoletear, en torno de las peñas escarpadas de *La Muralla*, el *martín pescador*, sentí los preludios de la elegía *Alción*, esa ave de misterio y de leyenda que me obsesionó desde la niñez, como si un secreto instinto me dijera que un día habría de amar sus símbolos sublimes, sacrificar en sus altares caídos y cantar su divina tristeza. Por eso, sobre la *Egloga Fluvial*, que es la canción del dulce terruño, amo la elegía al *Alción*, que es la canción a la eterna Belleza y a la sagrada tierra donde floreció y fructificó maravillosamente.

CORNELIO HISPANO

...«Por los años de 1898 y 1899 empezaba Cornelio Hispano a figurar en los círculos literarios de la capital colombiana. Era un joven de presencia austera, de una seriedad inquietante. El rumor que hacían por el momento las nuevas teorías literarias atrajo su curiosidad, pero no cautivó su inteligencia ni su gusto. Su seriedad le llamaba a escudriñar las fuentes de la poesía en el estudio de los viejos modelos. Y al par que sus compañeros de lira y de entusiasmo estaban satisfe-

chos con el trasiego diurno por entre las obras de los contemporáneos, él fatigaba las antologías griegas, describía autores latinos, perseguía en los sabios modernos, como Gompers y Zeller, el íntimo sentido de los viejos poemas y de las antiguas teorías filosóficas»...

(B. Sanín Cano, *Letras Colombianas*. «La Revista de América». París. 1913).

(*Mundo al día*, Bogotá).

Alción

Dilectae Thetidi alcione.

VIRGIL

Pájaro que adoraron los amantes
sin ventura, en edades muy remotas;
pájaro de los tristes navegantes
que al escuchar tus agoreras notas

Elevan sus clamores hasta el cielo;
pájaro cuyo canto es una queja,
nuncio de tempestades y de duelo;
ave infausta, augural, cual la corneja.

Tú sobre el mar lamentas tu destino
y haces el nido en la encrespada onda:
cuán sabio tu vivir, Alción divino!
La playa olvidas y la opaca fronda,

Dejas la fresca linfa de las fuentes
que brotan entre el líquen de las peñas,
el olor de los campos florecientes,
las viejas torres que aman las cigüeñas,

Y alrededor de inaccesibles rocas,
hoy como ayer, tu grito desolado
lanzas, y, sobre el agua acerba, evocas
el exánime cuerpo de tu amado.

Yo confundo tu queja con mi queja,
y mi lamento junto a tu lamento:
ave infausta, augural, cual la corneja,
hija del mar azul, hija del viento.

En esta noche efímera tu canto
llega más melancólico al oído,
y se siente como un ansia de llanto,
y se siente como una sed de olvido...

Yo sueño como tú con otros puertos,
otra edad, otro clima, otro horizonte,
y mis Dioses también están ya muertos
y bajo escombros yace el sacro monte

Que iluminó tus símbolos un día,
cuando, en las blancas ágoras de Atenas
saludaba el augur tu epifanía
y dejaban las márgenes helenas,

En jubilosa banda, los pilotos;
cuando, rayando el sol, tus raudos vuelos
seguían por los piélagos ignotos
la sacra nave que bogaba a Delos.

(Tú recogiste el vuelo en la palmera
que el ciego Homero veneró en su exilio;